

Fantasmas en la Sierra de las Ánimas

Helen Velando

loqueleg

Amanecer en el campo

No se podía seguir durmiendo, el alboroto de trinos y gorjeos se escuchaba por toda la casa. Apenas abrí un ojo vi que estaba aclarando. Amanecía y los pájaros parecían despertar todos juntos haciendo un bochinche increíble. Recordé entonces que desde ayer por la tarde estaba en la casa de mi tía Bertha. Aunque sentía un poco de frío, estiré mi brazo y corrí la cortina floreada de la ventana. El sol apenas se había levantado, pero ya iluminaba las laderas de la sierra. Los colores verdes y azules se iban haciendo más nítidos, como una foto que se empieza a revelar. Algunas nubes cubrían aún la cumbre pero seguramente iba a ser un día hermoso.

Volví a estirarme en la cama, cubierta por el calor de las frazadas y me sentí feliz, el campo me hacía sentir así. El olor a pasto mojado por el rocío se colaba por las rendijas de la puerta y yo estaba deseando ir a ver a mis amigos y caminar hasta el monte para contemplar el arroyo. Pero todavía tenía mucho sueño y volví a adormecerme con el canto de los pájaros y los mugidos

de las vacas, sin dejar de pensar en la extraña carta que mi amigo Rulo me había mandado a Montevideo, en la que me contaba que algo muy raro estaba pasando en la sierra.

10 A eso de las diez volví a despertarme. Como mi habitación estaba al lado del comedor, donde estaba también la cocina, me llegó un olor inconfundible que inundaba toda la casa. Aquel aroma lo podría reconocer en cualquier parte: era el de las tostadas de la tía Bertha.

Mi hermano Agustín seguía roncando, inmune al aroma a las tostadas. Mejor que siguiera durmiendo, ya que si lo despertaban temprano se ponía de mal humor, aunque en realidad ese era su estado de ánimo natural. Espero que cuando yo cumpla los dieciséis no me transforme en un ogro como él. Antes era tan distinto... Ahora se la pasaba protestando por todo y en especial por haber tenido que venir al campo y dejar a sus amigos.

Me vestí y salí sin hacer ruido: que el monstruo siguiera roncando.

La tía estaba frente a la cocina colocando las rodajas de pan casero sobre el tostador y no se había percatado de mi presencia. La puerta estaba abierta y el sol se colaba llegando hasta mis pies. Esa puerta era para mí como una inmensa postal: por allí se metía el paisaje verde de las sierras, el azul del cielo y el olor del campo, las rocas grises y los peñascos de la ruta 60, la



que va de Piriápolis a Minas. Los cerros se veían chiquitos a lo lejos y a veces, si uno miraba con atención, entre el verde se podían distinguir diminutas formas móviles, como autitos de juguete, que iban corriendo por la carretera.

12 Bertha tenía el mate a su lado y se cebaba uno cada tanto mientras controlaba las tostadas. A mí me gustaba tanto verla así, que no tenía ganas de que se diera vuelta. Su pelo entrecano lo llevaba atado con un moño en la nuca y su figura delgada y ágil era como de otra época, como de principios del siglo veinte; pero enseguida que uno la observaba se daba cuenta de que mi tía Bertha, si bien tenía más de setenta años, no dejaba de vivir en este siglo: llevaba puestos unos vaqueros gastados, un buzo de lana rompevientos y, por supuesto, las infaltables botas de goma, para poder salir al campo temprano y no tener ningún encuentro desagradable con las cruceras —estas víboras son lugaresñas y siempre tuve en cuenta las recomendaciones de la tía cuando bajábamos al arroyo: “Cuidado con las víboras, lleven botas de goma”.

—¿Qué hacés ahí, Luciana? Me estás espiando... o el olorcito de mis tostadas te hipnotizó.

—Buenos días —saludé mientras le daba un beso y un abrazo—. ¡Va a ser un día lindísimo!

—¿Dormiste bien? ¿No te molestó la comadreja?

—¿Qué comadreja?

—Una comadreja mora que anda hace días cerca del gallinero; de noche le da por caminar por el techo y hace un escándalo bárbaro. Si sigue molestando... ¡le voy a tirar unos chumbos!

Yo no le tengo mucha simpatía a las comadrejas —aunque son bichos curiosos, porque llevan a sus hijitos en una bolsa, como los canguros—, pero para mí, se parecen más a ratas gigantes que con su cola larga y finita se cuelgan como si fueran monos. Un verano vi una comadreja colgando del parral y comiéndose las uvas con las manos; era muy cómico porque las pelaba y tiraba los hollejos. “Las comadrejas no son bobas”, pensé, “tienen gustos delicados”.

La tía hizo señas de disparar su chumbera y comenzó a reírse, mientras le ponía mermelada de higos a mi tostada. Yo me senté y mis brazos se apoyaron sobre el mantel de hule marrón mientras la tía seguía contándome acerca de la comadreja que ya le había matado tres gallinas y no había podido cazarla. Luego puso delante de mí una taza celeste humeante de café con leche y un plato amarillo con el pan con mermelada; era para mí un regalo maravilloso, el aroma del desayuno no lo cambio por nada. Eso era la felicidad: ir a la casa de mi tía abuela en las vacaciones de invierno, correr a las gallinas, treparme a los eucaliptos y poder mirar la enormidad de la sierra a cualquier hora del día.

—¿Agustín sigue durmiendo?

—Sí, por suerte los ogros se despiertan tarde.

—No seas mala, está creciendo, por eso tiene tanto sueño. A lo mejor un día despierta con mejor humor.

Nos reímos las dos; la tía no le hacía caso al carácter de mi hermano, decía que ya se le iba a pasar cuando creciera un poco.

14 Después de desayunar salimos las dos a recorrer el campo. Primero fuimos hasta el gallinero y la tía me mostró unos pollitos que apenas habían nacido la semana anterior; les dimos un poco de maíz y corrí a una gallina bataraza que se iba siempre al terreno de al lado a poner los huevos.

La casa de la tía estaba en un alto y desde allí se podía contemplar la lejanía verde y azulada de los cerros; había sido construida por el tío Juan, el esposo de la tía Bertha, hacía más de cincuenta años.

Entre los pastizales que rodeaban la casa, aún quedaban las viejas vías de un ferrocarril que se dirigía hacia la cantera de Nueva Carrara. En otra época el tren pasaba a diario llevando su cargamento de mármoles hacia el puerto de Piriápolis; eran tiempos de prosperidad y muchas personas trabajaban en la cantera. Ahora las vías permanecían como mudos testigos; muy pocas personas seguían trabajando y viviendo allí.

El tío Juan había fallecido hacía más de diez años, pero mi tía decidió quedarse; la casa tenía demasiados recuerdos y además siempre había vivido en el campo, difícilmente podría haberse adaptado a la ciudad:

“Si me despierto y no puedo ver la sierra creo que me muero de tristeza”, decía siempre.

El sol estaba alto cuando regresamos a la casa y yo ya no podía esperar más: tenía que ir a buscar a mi amigo Rulo, para que me contara qué era eso tan extraño que estaba ocurriendo en la sierra.